

para poder encontrarse la mano derecha en caso de necesidad.

Pudiéramos empezar, v. gr., creando la ópera nacional. ¿Cómo? Con dinero.

Y una vez creada esa ópera y convencidos de que era mala mediante una transferencia que no diese ocasión á dicharachos, por supuesto, emplear todos los cuartos en Calderón, Lope, Tirso, etc., que son los mejores músicos que hemos tenido y que tendremos probablemente (1).

Y si no basta con esa transferencia, podríamos hacer que todos esos Alvarez Benitez, Fernández, Gómez y Jiménez que llenan los teatros, expuestos á ser eminencias el día de mañana, volvieran á ese país desconocido de donde los supongo oriundos, á trabajar la tierra, explotar los *veneros* de riqueza que encierra, sudando noche y día, y aplicar el producto de todas esas faenas á la creación del teatro nacional.

Y créanme ustedes á mí; si no se hace esto que yo digo, ó cosa parecida, podrán ir saliendo Talmas y Maiquez de los rincones, podrán convertirse en Vicos y Calvos todos los González y Rodríguez nuevos, pero no parecerá la capa.

(1) Esta broma inocente ha dado motivo para una alusión, y después para un artículo muy cortés y halagüeño para mí, del maestro Bretón. Más adelante, si no me han cambiado los papeles, se encontrará mi réplica á la alusión del notable compositor.



LUIS TABOADA ⁽¹⁾

ESTOY seguro de que si á Linares Rivas le preguntan:

—¿Quién vale más, Luis Taboada ó usted?

Contesta el Sr. Linares Rivas, ó Ripas, como quiera Cheste que se diga:

—¡Yo, hombre, yo!

Y tuerce el gesto con desdén, y sonrte con desdén, y da media vuelta y se va con desdén.

Pues ya no hay tal cosa, Sr. Linares, no hay tal cosa; vale más, pero mucho más, Taboada.

Los dos son gallegos; pero ya se sabe que hay gallegos y gallegos.

Cuando un gallego se propone ser hombre de importancia, no hay quien le ataje. A esta clase de suevos pertenece el Sr. Linares. De éstos, unos vienen á Madrid decididos á cargar con una cartera, y otros á cargar con una cuba, según sus posibles; pero todos á cargar con algo y sacar de ello todo el provecho que se pueda.

(1) De una colección de semblanzas titulada *Vivos y muertos*, que publicaré, Dios y el editor mediante, el año próximo.

Taboada no es de esta clase de gallegos; no es de los que se proponen subir y subir, y hacer ruido, y darse importancia para que lo sepan en Galicia. No es de esos jóvenes gallegos que alborotan en la Universidad ó en las Academias, y cultivan las ciencias y las artes, con un ardor que molesta á los circunstantes, y sudando gotas como puños, ni más ni menos que si estuvieran cavando en los campos de su tierra.

Yo declaro que no hay para mí nada más antipático que uno de estos muchachos modernos—sean gallegos ó no—que se han propuesto hacer carrera á toda costa, y no piensan en otra cosa, y todo lo supeditan á este propósito, á esta concupiscencia interesada y repugnante. De éstos, por desgracia, hay muchos hoy día, de Galicia y de todas las provincias de España. Así entienden los más el positivismo. Bueno que á uno le guste medrar; pero cuando se es joven no se debe pensar en eso exclusivamente; esa línea recta á que por naturaleza tiende la ambición, debe convertirse en quebrada y en curva, obedeciendo á otras fuerzas que impulsan al ánimo en otros sentidos: el amor, la fe en algo, los sueños, la vaguedad del deliquio en que consiste una juventud bien saboreada, la afición á tal ó cuál arte, á la ciencia pura, á cualquier cosa que no dé de sí el medro personal, deben ser motivos para desviar al joven que tenga algo dentro de sí, del camino derecho de la ambición.

En Madrid pululan los muchachos, ya talluditos al-

gunos, que no son más que máquinas de hacerse ministros. Conozco muy pocos que se hayan quedado atrás voluntariamente, prefiriendo satisfacer una vocación, cumplir un gusto legítimo, al dogma inflexible de ese miserable *excelsior* que es un sarcasmo del otro *excelsior* que cantó Núñez de Arce.

Uno de esos madrileñitos que, ya digo, pueden ser gallegos, no concibe que haya quien se eclipse por su gusto, que se deje una ocasión de subir, que se llame tonto ó feo á un personaje que es ó va á ser ministro.

No comprenden los mentecatos el placer refinado de mandar á paseo á un señorón que os prometió en vano haceros personajes á cambio de un poquito de bombo forzoso, y después irse á casa á comer *meros garbanzos*, como decía un amigo mío que despreciaba el clásico puchero...

No es esta ocasión de estudiar con el detenimiento que el asunto merece á esta ralea de ambiciosos que son anuncio seguro de futuras desgracias para España; haya república, como yo deseo, ó monarquía, ó lo que Dios quiera. La materia es muy importante, y á tratarla animo á nuestros buenos novelistas y autores satíricos de la prensa y del teatro; yo mismo, aunque de mala manera, he de sacar en mis libracos una y otra vez á estos caballeretes, pintándolos como son, que es lo peor que se puede decir de ellos (1). Abundan en la literatura,

(1) En la *Maximina* de Armando Palacio figura ya un caballero de esta orden, llamado Brutador.

no escasean en la ciencia, pero son, sobre todo, la plaga de la política.

He hablado de ellos ahora por el contraste que ofrece Taboada con semejantes langostinos.

Luis Taboada no es una hormiguita para su casa; pero tampoco es un bohemio, aunque á éstos, cuando tienen talento, los trata, considera y hasta quiere. Si se oye á *mi héroe* hablar en el café, podrá parecer uno de tantos jóvenes *abandonados* que todo lo sacrifican á un chiste, que por pereza viven sumidos en un sopor del ánimo que sólo produce escepticismo vulgar y seca los jugos de toda aptitud útil y constante; pero no hay tal cosa. Taboada se levanta, sale del café, donde reina por la gracia de su verbosidad y de su mímica, y entra en su modesto hogar, donde le aguardan su mujer, sus hijos y las santas ideas, y los sagrados sentimientos que son y serán el ambiente amable, puro y tibio de la familia, pese á todas las literaturas desengañadas y á todas las filosofías demolidoras del mundo. Para mantener esta familia decorosamente, Taboada trabaja como un negro, y aunque su vocación es la literatura sin mezcla, como no se cree un *artista* en el sentido de no querer poner mano en lo que no sea *pura creación*, no tiene inconveniente, si se lo pagan, en hacerse gerente de una sociedad de seguros contra incendios, ó si á mano viene, empleado en un ministerio (si mandan los republicanos), y hasta periodista ordinario en un periódico republicano también.

Así es Taboada; un trabajador que á ciertas horas puede parecer un holgazán, un activo y sensible padre de familia que en ciertos sitios puede parecer un bohemio desalmado que cree todos aquellos chistes escépticos que dice, un literato de buena cepa que puede en ocasiones pasar por un noticiero cualquiera.

De aquí que muchos que valen menos que él, se crean muy superiores.

Por eso yo empezaba comparándole con Linares Rivas; no para molestar al Sr. Linares, á quien no conozco más que por sus resultados, sino para poner un ejemplo gráfico.

Es muy fácil engañarse juzgando á Taboada.

En eso mismo de los chistes de escéptico es muy fácil el engaño. Yo lo dije así, por decirlo pronto; pero no porque no sepa que los chistes abundantes y poderosos del importante miembro del *Bilis-Club* más son satíricos que escépticos. Hay, sí, en Taboada cierta misantropía recóndita, acaso algo más de pesimismo; pero escepticismo yo creo que no. Taboada cree, de esto estoy seguro, en los afectos radicales de la vida humana, en los grandes deberes, en la nobleza de la verdad y de la sinceridad, en la independencia del carácter, en la seriedad del arte, en la sublime delicadeza del gusto escogido; y si casi siempre en sus artículos y en sus conversaciones de café hay hiel y vinagre, no es para que los beba Cristo, sino para que los trague el mal ladrón, á quien previamente Taboada mismo se encarga de cru-

cificar. Taboada no es un maldiciente, ni menos un envidioso; es un autor satírico que ejerce en todas partes. Dicen algunos que murmura del mundo entero, que no perdona á los amigos, y no es eso. Es que Taboada tiene el gusto muy delicado, un gran instinto crítico, una sagacidad profunda y sutil, y todo esto hace que vea los defectos y los encuentre repugnantes antes que otros de sentidos menos despiertos.

Yo declaro que si algo malo ha dicho de mí Taboada alguna vez, desde luego se lo perdono, y no por eso le tengo por mal amigo; sería lo que llaman algunos su murmuración, una censura aguda, justa y graciosa de mis defectos ó de los de mis obras.

En las retóricas filosóficas al uso se habla del autor satírico como de un hombre que tiene un ideal superior al que siguen aquéllos á quienes combate; y aunque esta teoría, que entre nosotros expuso magistralmente D. Francisco Canalejas, tiene sus más y sus menos y no siempre es exacta, en este caso lo es. Sí: Taboada, autor satírico por excelencia, tiene ese ideal superior, aunque él mismo no se da clara cuenta de él, y la acrimonia de mi buen amigo no nace de ese *dilettantismo* de mala voluntad, tan general entre los literatos que llaman algunos *humorísticos*, sino de la tristeza recóndita que engendran á la larga el gusto fino, casi siempre rozándose con asperezas de la grosería y de la necedad, y el mérito personal desconocido por los hombres distraídos y vanidosos, y contrariado por el oleaje

de la vida... (dejo á cualquier orador de primeras letras la gloria de terminar esta alegoría marítima.)



Luis Taboada vino de Vigo á Madrid á escribir... cualquier cosa. Cuando yo le conocí en *El Solfeo*, ya era él popular, pero de entonces acá ganó todavía mucho en eso que se llama el *concepto público*, y, lo que importa más, ganó en facultades de observador y de escritor. Cuando el lector (que puede ser *crítico*) no sabe ser original para juzgar, no descubre dotes de escritor importante en aquel á quien no se las ha reconocido ya la fama, y menos á quien no da á sus trabajos una de las formas clasificadas entre los géneros aristocráticos de la literatura.

Por eso en ciertas listas estereotipadas de escritores modernos de valía, no suele aparecer el nombre de Taboada, aunque vale éste más que muchos de los que figuran en esas listas más ó menos gloriosas. No todos los lectores son como D. Laureano Figuerola, que hace ya diez años me preguntaba una noche en el Ateneo por Luis Taboada, cuyos artículos le revelaban un ingenio fuerte, gracioso y de mucha intención y perspicacia.

Taboada no escribe *cosas largas*; no se ha hecho idealista, ni naturalista, ni publica novelas, ni escribe dramas ni comedias de *empeño*. Taboada, como Eduardo

de Palacio (1), escribe artículos *ligeros* á docenas, y el caudal que podía acumular en una obra de pretensiones, con su plan y todo, lo derrocha á diario en media docena de periódicos. Yo no digo que haga bien; pero tal vez tiene sus motivos para no hacer otra cosa.

Se puede y se debe desear que el cronista del *Madrid Cómico* llegue en breve á tener tiempo (y mimbres *metálicos*) para poder *reconcentrarse* y escribir poco á poco un libro, sea una novela ó lo que se quiera, en que aproveche sus grandes cualidades de escritor fácil, gracioso y de buen gusto y la de observador decostumbres y pintor de tipos y ridiculeces, para llegar así á la fama que merece, muy superior á la que goza, con ser ya ésta mucha; digo que se puede y se debe desear esto; pero entretanto, conviene alabar desde luego su fecundidad pasmosa, su inagotable caudal de gracias verdaderas, *suyas* y naturales, y aquella fina penetración y aquel excelente gusto que burla burlando asoman en casi todos sus escritos.

Verdad es que escribe muchas veces sin gana, casi aburrido, despreciando lo mismo que va dejando caer sobre el papel; pero aun entonces suele demostrar su talento, sus facultades valiosas de escritor satírico, y hasta su buen gusto, que entonces se manifiesta en la modestia con que desdeña las propias obras que no responden á la idea suya fielmente.

(1) De quien también hay mucho que decir, y bueno.

«Taboada se repite,» he oído decir. ¡Es claro! El escenario casi siempre es el mismo. Pero si en los artículos, por culpa del mundo, hay cierta monotonía del color, el que entienda puede ver la variedad del dibujo. Habrá pintado Taboada más de mil casas de huéspedes, y dos mil tertulias cursis, es verdad; pero siempre sabe encontrar matices distintos, y esto prueba su aptitud para novelista de costumbres. Dadle, dadle tiempo y veréis... Pero no tiene tiempo, porque no tiene dinero. No tiene dinero bastante para dar paz á la mano y dejar al pensamiento trabajar solo.

Necesita escribir todos los días, copiar la realidad que pasa, sorprender las muecas de la vanidad, el color de la envidia, las contorsiones de todos los vicios y ridiculeces; necesita ir al café á desahogar y necesita acudir á su casa con el pan de sus hijos; no puede dedicarse á *genio*, no puede proclamarse *artista* que descansa seis días para producir el séptimo...

¡Tiempo! ¡Tiempo! No lo tiene para mirar en el Diccionario las palabras de dudoso significado ó de dudosa ortografía.

Por fortuna le enseñó á escribir bien, con corrección y propiedad, el que da de comer á los pajaritos del campo.

Diré, para evitar confusiones, que aludo á la primera persona de la Santísima Trinidad (1).

(1) En el libro que preparo, esta semblanza es más larga.



IMPRESIONISTAS

EN la nueva generación que de pocos años acá bulle por los periódicos, hay muchos jóvenes listos, aplicados y modestos, corriente; pero hay otros, y no son pocos, que no hay quien los aguante: son audaces, presumidos, irrespetuosos, afrancesadillos, habladores y huecos como ellos solos. Han oído que hay muchas reputaciones mal adquiridas en las letras, y sin más que esto, se ponen á despellejar y á tratar tú por tú á los mejores literatos; como no tienen criterio y gusto suficientes para distinguir el oro del oropel, no reconocen el metal precioso en ninguna parte y traen del café un escepticismo y una *nonchalance*, como dicen ellos, que apestan. Algunos se meten á políticos ¡allá vayan ellos! y con gran desparpajo insultan, con frases á *la Rochefort*, al Rey ó á la Reina, y desprecian la religión y todo lo tradicional, entre una cita de vaudeville y un trocito de *cante*; ó si les da por ser hombres de orden y de gobierno, se hacen monárquicos y se ríen de la

libertad y de la república, y del derecho y la democracia como de antiguallas despreciables, y citan autores nuevos que prohíben el ser liberal. Tocante á personas, desprecian á nuestros más esclarecidos demócratas diciendo de ellos que están *surannés* y *mandados retirar*.

Pero, en fin, esos son políticos. Hoy por hoy, éstos no me importan. Hablemos de los *literatos*.

No escriben largo; nada de libros; dicen que no tienen tiempo para esto (ni tiempo ni editor). Son *impresionistas*; *sorprenden* la realidad en la calle y la copian en un dos por tres.

Lo que nunca *sorprenden* es el castellano.

¡Qué manera de escribir! Esa realidad que copian, á lo menos, habla en español; pero ellos... ¡Virgen Santísima!

También han oído que se debe despreciar la frase hecha, el giro manoseado, y se dan á inventar y á despreciar lo que ellos llaman *convenciones gramaticales*.

Por lo general escriben semblanzas, cuentos y fantasías.

En las semblanzas caen siempre en el pozo á que van á dar los que no saben escribirlas; la comparación odiosa.

No saben alabar á un escritor, sino insultando á los demás del oficio; erigen en regla absoluta los actos de su *héroe*, y por este camino acaban poniendo en ridículo al que quieren ensalzar. Pero su fuerte es el cuento.

¡Qué cuentos nos han contado estos muchachos, de tres ó cuatro años á esta parte!

Algunos de esos señoritos, los más listos, traducen bonitamente, sin decirlo por supuesto, alguna cosilla de Coppé ó de Guy de Maupassant, ó de cualquier otro francés, y ponen toda su originalidad en cambiar los nombres y lugares, diluir el efecto y estropear el lenguaje, que, sin llegar á ser español, deja de ser francés propiamente dicho.

Aquí, si no fuese por no avergonzarle, podría yo citar el nombre de uno de esos cuentistas, de los más fecundos, acompañado de los cuentos que ha *vertido* al *vol-á-puk* sin decir «este cuento no es mío.»

Lo que sí haré, será advertirle, como se usa con los suscritores morosos, que si no deja ese vicio feo, sacaré su nombre y apellido á la *pública expectación*.

Otros, sí, son originales, originalísimos. De cualquier cosa hacen un cuento... Les gusta lo vulgar.

Su héroe ó heroína suele ser «un hombre ó una mujer *como todos los demás*.»

Después resulta, sin querer el autor, que no hay nadie que sea así.

Entre estos escritorcillos, los más dignos de atención son los *estilistas*; los que *pintan* con la pluma. Los tales no necesitan argumento, ni Dios que lo fundó. Nada, nada; color y más color.

Para ser tan *colorados*, lo primero que necesitan es romper con el Diccionario. Y rompen. Y con la gramá-

tica y con la lógica. Y rompen también. Rompen con todo.

No se salva más que alguna que otra *francesada*.

Los que citaba antes, los que tienen *argumento*, suelen empezar por el medio del cuento.

Le encuentran á esto mucha gracia.

Modelos del género: «I. Pepito se decidió aquella noche.» Otro: «I. Decididamente, la marquesa no podía dormir.» Otro: «I. Le estaba esperando,» etc., etc., etc.

Los coloristas empiezan siempre describiendo el medio ambiente. Como dicen que el castellano está sin hacer, que no sirve para pintar, inventan verbos, adjetivan los sustantivos, traspasan el sentido moral de una palabra á las cualidades de la materia...; todo á la francesa, y como el diablo les da á entender.

Pero el palique se hace muy largo, el asunto es inagotable, y tengo que hablar de otra cosa. Se continuará.

*
*
*

Ahora tengo que hablar de un cuento titulado «Identificación» (¡qué raro! ¿eh?), que no es, por cierto, de ninguno de esos juvenes audaces y coloristas de quienes acabo de decir pestes, sino del conocido escritor público D. José Siles, el cual tanto se ha distinguido en los Lunes de *La Epoca*, que también tiene lunes. La *Identificación* del Sr. Siles comienza así: «No tran-

sitaba nadie por la calle. Como vigilantes centinelas de las *casas dormidas* (1), los faroles *del gas se alineaban levantando* sus llamas oscilantes á la altura de las *primeras ramas de los árboles*. Ningún reloj público se oía *allí*. *Tampoco se veía, siquiera embutida* en el hueco de una puerta, la *nocturna persona* del sereno.» ¡Qué serenidad!

A mí ahora se me ocurre... un poema de comentarios y otro de dudas... pero los dejo inéditos. Y prosigo... Prosigo con la serenidad imperturbable de una persona nocturna:

«Pero la persistencia del silencio, la falta de *paso*, y esa *singular* frialdad de la atmósfera en *horas próximas* á la del alba, eran indicios de que en aquel momento estabase bajo el influjo soñoliento de la madrugada.»

Ni Dios (y ustedes me dispensen) averigua qué hora era. Era una hora soñolienta; cuál, no se sabe.

El parrafillo peca por falta de paso; quiero decir, que no puede pasar.

«La calle era ancha, de edificios modernos, surcada á lo largo por las férreas líneas del tranvía, entonces, por lo *solitarias, excesivamente* visibles en su extensión toda.»

Excesivamente mal.

«Los edificios, no obstante la escasa é *intermitente* claridad, mostraban las *brillanteces* (bastaba brillantez,

(1) El que subraya soy yo.

señor Siles) de barniz de un barrio nuevo. *Con efecto* (divino), una de las extremidades de la calle iba á *perderse* en el campo.»

Con efecto, la consecuencia es preciosísima. Se conocía el *barniz de barrio nuevo*... en que la calle iba á *perderse* en el campo. No veo el barniz.

Según el Sr. Siles, todos los barrios nuevos van á perderse en el campo.

A las filas de los faroles las llama el Sr. Siles «el hormiguelo de oro que en dos ordenados cordones *atravesaba* la calle.»

Se necesita imaginación para comparar dos filas de faroles con un hormiguero; pero, en fin, pase; lo que no puede pasar es que los faroles de una calle, que la siguen á lo largo, la atraviesen. El Sr. Siles estoy seguro que no sabe lo que es atravesar.

«Cualquiera creería que el hombre aquel era un mendigo con su zurrón al hombro, llegando *vergonzosamente* á la corte desde un pueblo inmediato.»

¿Precisamente inmediato, Sr. Siles? Y además, ¿por qué se había de creer todo eso al ver á un hombre que venía con un saquito al hombro?

«En realidad, su andadura era como de cuerpo cansado.»

«Una valla de madera cerraba el vacío.»

¡El vacío! De modo que si usted entra en lo maravilloso, yo le dejo á usted..

Por lo que se ve, el Sr. Siles es también un impresio-

nista, pero no como los que antes describía á grandes rasgos, sino mucho más digno de consideración y respeto. El Sr. Siles *irá lejos*, como dicen ellos. Es capaz de ir á perderse en el campo, gracias á su barniz de barrio nuevo. Quiere esto decir que con la novedad y las *brillanteces* de su estilo se llega á cualquiera parte.